

# LOS MADRILEÑOS

Revista semanal.

OFICINAS  
Ruiz, 8, 1.º izquierda.  
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I  
22 Diciembre de 1888  
NÚMERO 12.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

## FERNANDO VALERO

Quién ha sido Fernando Valero antes de llegar como primer tenor al Real, ya lo dijo, con detalles, Peña y Goñi en su artículo *Valerito*, de nuestro número 10.

Como nuestro distinguido colaborador presumió, *Valerito* ha ascendido, y en *Carmen* ha probado que necesita aplicársele el aumentativo, en vez del diminutivo.

Y llamársele *Valerazo* en adelante.



## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

### Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.  
Seis meses..... 5 "

### Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

" ATRASADO, 25 "

## PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. PONS



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



Sábado 15 de Diciembre.

JUAN Y MANUELA.

Juan.—¿Has visto en el Circo de Price el estreno de *Un tutor modelo*?

Manuela.—¿Qué tutor ni qué niño muerto! ¡Si eso son *Los sacamuelas*!

—¿Estás segura?

—¡Digo! ¡Como que lo sé de buena tinta!

—¿Buena?

—De la superior.

—Entre ellas las hay distintas.

—De la *Reina de las tintas*, que es la que gasta el autor.

—¿Conque el Sr. Comelerán derrota á Galdós en la lucha entablada para ocupar el sillón vacante en la Academia?

—¡Mira tú! ¡Bastante le importará al autor de *Gloria* esa derrota! ¡A lo menos los votos que él consiga serán sanos!

—¡Y los del otro también!

—¡Quiá! ¡No ves que van á votarle los enfermos!

Por lo cual, en mi opinión, aunque la Corporación vote con gran rectitud, no será buena elección porque falta... la salud.

Domingo 16.

—¡Qué contento vienes! ¿Qué te pasa, Juan?

—¡Una friolera! Que acabo de despedir al Sr. Peral, al primer hombre de España, al inventor del buque submarino! ¡Vaya un hombre, sabio, modesto, simpático! En la estación le hemos aplaudido á rabiar.

—Oye tú: ¿tanto mérito tiene lo que ha inventao ese señor?

—¡Que si tiene!... ¡Como que si realiza su propósito, que si lo realizará, vamos á ser los dueños de todos los mares del mundo! Entonces sí que seremos potencia de primer orden, y por méritos propios! ¡Cuando pienso que todo eso se ha hecho con 40.000 duros, una miseria, mucho menos de lo que se roba casi todos los días en cualquier oficina, me dan tentaciones de creer en los milagros!

—Y harás bien, porque yo casi creo en los ángeles.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace una hora, que acabo de oír á la Nevada cantando el *Barbero*.

—¿Has estado en el Real?

—Sí, chico. ¡Qué noche!

El aplauso atronador, y la ovación continuada... ¡Yo no he visto otra Nevada que produzca más calor!

—Y hablando de otra cosa. ¿Qué me dices de esas siete aldeanas de la Croacia que han asesinado á sus maridos?

—Que hablan de la ingenuidad de la aldea, y en verdad demuestran hembras tan bravas, que en todas partes cuecen habas; en el campo y la ciudad.

Lunes 17.

—Buen principio de semana, Juanito!

—No nos podemos quejar. La crónica de las puñaladas, los robos y los suicidios es de lo más nutritivo que podemos apetecer.

—¿Hacemos gracia á nuestros lectores de esa triste narración?

—Desde luego.

—¡Ah! Pero digámosles algo de sor Asunción, esa monjita de Brihuega que se escapa en paños menores por el comulgatorio del convento, y que no quiere volver á la clausura aunque la nombren abadesa.

—¡Pobre muchacha!

—¡Pero, Dios mío! ¿qué pasará en esos santos asilos, que no transcurre semana sin que la prensa no dé cuenta de un par de escapatórias?

—¡Misterios del claustro!

¡Cuánta fuga! ¡Es un horror! ¡Infunde miedo y pavor, y en el alma pesadumbre, pensar en la servidumbre de estas siervas del Señor!

—¿Has estado en el *Teatro Felipe* á ver á Succí?

—¿Yo? ¿Para qué? En eso de ayunadores he visto mucho más,

—¡Tú! ¿Dónde?

—En mi pueblo. ¡Figúrate lo que comerá allí el maestro de escuela que tiene tres mil reales de sueldo, y hace dos años que no le pagan!

—¡Sí que es buen caso!

—Yo no sé quién habrá aconsejado á ese italiano que venga á España á asombrarnos con su ayuno. ¡Apenas si hay aquí cesantes que le hagan competencia!

Día 18.

La mañana nebulosa, un barranco húmedo y frío convertido en triste fosa, y una pareja amorosa que yace inerte. ¡Dios mío! Si este es el fin de una historia de amor, como el vulgo explica, bendigamos su memoria, porque el amor santifica y están los dos en la gloria.

Miércoles 19.

—Oye esta lista, tú.

—¿Qué lista es ésa?

—El *Gaspar*, el *Faustino*, el *Juliana*, el *Cid*, el *Gabino*, el *Bravo*, el *Chinche* y el *Habanero*.

—¿Es algún comité?

—Sí, el de la *Cárcel Modelo*. Son unos cuantos tomadores que ha pescado hoy la policía.

—¿Ingresarán en la Cárcel?

—¡Ya lo creo! pero estarán poco tiempo. Estos apreciables sujetos, si no los echan pronto á la calle, hacen lo que las monjas; se escapan.

En la Dirección general de Impuestos se han agotado los billetes para el sorteo de la lotería de Navidad.

¡Y luego dicen que no hay dinero!

¿Que no? En un pueblo de los Pirineos ha encontrado un labrador un depósito de monedas romanas y cartaginesas, todas de oro, que pesan juntas cerca de arroba y media.

Era dinero de los romanos. Ahora, el único dinero que se ve por aquí es de los judíos.

Jueves 20.

Una joven artista, Berta Beggio, ha asesinado á su marido porque éste quería obligarla á dejar el teatro. ¿Qué te parece?

¡Cosas de la vocación!

—¿Eh?

—Del arte enamorada, no pudiendo hacer comedias, hace los dramas en casa.

Viernes 21.

Estreno y éxito de primer orden en el teatro Martín, de la zarzuela *Oro, plata, cobre y... nada*, original de Felipe Pérez, música del maestro Rubio.

Nuestra entusiasta enhorabuena á los autores, y un aplauso incondicional á la Empresa que ha puesto en escena la obra como no se acostumbra en coliseos de la categoría de Martín.



Copiamos á continuación un precioso fragmento de la aplaudida zarzuela, que fué calurosamente celebrado:

EL COBRE

«Aunque ya el dinero os so-  
[bre, también presentarme quiero,  
que yo también soy dinero.  
Ya me conocéis: el cobre.

La belleza no disputo  
de aquéllos, ni la alegría,  
pues según la *chulería*,  
soy «la moneda de luto.»

Pero si no uso primores,  
yo quizás, y sin quizás,  
en mil casos valgo más  
que todos esos señores.

¡Claro! Yo no pago orgías  
ni vicios, ni doy un tren...  
pero yo también, también  
produzco mis alegrías.

Que aunque tosco y rudo, el  
[cobre es amigo verdadero...

¡Soy el jornal del obrero,  
y la limosna del pobre!

Cuando regresan los dos,  
harto uno de trabajar,  
ronco el otro de implorar  
una limosna por Dios,  
y entran en su humilde casa,  
al verme, las pobres gentes  
que ya aguardan impacientes,  
no ponen al gozo tasa;  
y llorando de alegría,  
me miran con tierno afán,  
y es... ¡que yo les llevo el pan  
bendito de cada día!...

Yo no tengo alegres sonos,  
pero siempre el que me ha dado  
¡con qué placer ha escuchado  
del pobre las bendiciones!

Duro soy... aún más que el  
[hierro; mas no extrañéis que me en-  
[gría...

Al primero que se ría  
le voy á soltar *el perro*.»

Consagremos el resto del día al amigo Pons.

—¡Verás tú con qué gracia ilustra los recortes que siguen,  
tomados, y no al oído, de un periódico italiano!

Un borracho, contemplando el cadáver de un abogado:

—¡He aquí á lo que conduce el abuso del agua!

Acaban de conceder una gran cruz á cierto caballero.

Al saberlo uno de sus amigos, exclama:

—¡Qué suerte tiene Panchito! El día que se muera está se-  
guro de ir derechito á la gloria.

—¿Por qué?

—Porque ya se ha igualado con Jesús. Le han dado la cruz sin  
merecerla.

—¡Ya habrán ustedes visto que al señor Pons le duelen las  
muelas! ¡Infame!

E. NAVARRO GONZALVO.

Desde el Boulevard.



CONTINÚA la Exposición de *étren-  
nes* de todos géneros y categorías  
dando animación á París.

De esto ya he hablado en mi  
última carta, y no es cosa de re-  
petirlo, no vayan mis lectores  
madrileños á llamarme pesado, y  
con razón.

A medida que el año viejo se  
vá, y se acerca el año nuevo, el  
frio, que parecía que no iba á  
venir nunca, se ha echado enci-  
ma á marchas forzadas, y en po-  
cos días el termómetro ha ido  
bajando, bajando, hasta el extre-  
mo de que desde hace una sema-  
na no hay medio de verle sobre  
cero.

Cada uno tiene su modo de entrar en calor, y aquí parece que  
sea el sistema más universalmente adoptado por cocheros, ven-  
dedores ambulantes, barrenderos y demás gente menuda que  
tiene que soportar en la calle los rigores de la estación, mover  
los brazos de atrás adelante, con el puño cerrado y gran fuerza  
y rapidez, como quien abrazase la atmósfera con efusión, termi-  
nando cada flexión con fuertes golpes en los costados.

Diríase, al andar estos días por el boulevard, que todas estas  
gentes han vuelto á la infancia y se entretienen jugando al *mos-  
cardón*.

No deja el sistema de ofrecer peligros para el transeunte tran-  
quilo, que, sin dedicarse á estos ejercicios gimnásticos al aire li-  
bre, tiene que andar sorteando, sobre todo por las mañanas, esta  
nube de puños que andan revoloteando por el aire, y que fácil-  
mente pueden descargar sobre sus narices el vigoroso puñetazo  
que destinaba á sus ateridos flancos un barrendero de la villa ó  
un cochero de punto que espera, al pie de su pescante, á mane-

ra de molino de viento en acción, al *bourgeois* que ha de alqui-  
larle su *citadine chauffée*, como llaman ellos á su *simón* provisto  
de calentapiés.

La niebla suele ser muy densa á esas horas, y resulta que por  
bien que se toree y por profundos conocimientos que uno tenga  
en las suertes del quiebro y del sesgo, como no se ve por dónde  
viene el confortable puño que pulula por el aire, á lo mejor se  
lo encuentra uno en la boca del estómago, sin saber por dónde  
ha venido y escucha el consabido *Pardon, m'ssieu*, sin saber de  
dónde sale la voz.

Un espiritista amigo mío, recién llegado, se empeñaba en que  
todo esto eran cosas de su sastre, muerto hace poco de resultas  
de no poder arreglar cuentas con él y cuyo *periespiritu* le perse-  
guía por el extranjero encarnizadamente.

Y á cada puñetazo aéreo-confortable que le alcanzaba, respon-  
día con una *invocación*, acompañada de *pases* y de la promesa de  
pagar tres pesetas mensuales, á cuenta de *mayor cantidad*, á los  
herederos de su acreedor.

Verdad es que la deuda es pequeña: 14.000 reales.

Uno de los acontecimientos de la quincena ha sido la repre-  
sentación del *Romeo y Julieta*, de Gounod, en la Gran Opera,  
cantado por la Patti.

No he de hablar aquí con detalles de la solemnidad que revisi-  
tió la primera de esas representaciones, para la cual el *maestro*  
en persona empuñó la batuta, ni del éxito alcanzado por todos  
y en el que, para balagar algo nuestro amor propio nacional,  
debo recordar que tuvo su parte Rosita Mauri, nuestra compa-  
triota y bailarina.

De dar esas noticias se han encargado los periódicos diarios,  
y sería ya antiguo cuanto yo pudiera decir hoy.

LOS MADRILES es un periódico muy á la moderna para que  
sus redactores hablemos de cosas de hace quince días, es decir,  
viejas para nosotros.

Pero el caso verdaderamente *nuevo* en esta tierra ha sido el  
abuso de los revendedores para esas representaciones.

¡Los aspavientos que hacían estos buenos parisienses porque  
desde dos días antes del *debut* de la Patti la administración de  
la Opera no tenía ni un billete á su disposición, y los revende-  
dores les ofrecían todos los que quisieran, á 250 francos las bu-  
tacas, 1.000 los palcos, y á este tenor, ó á esta *triple*, las demás  
localidades!

¡Bien se conoce que á estas tierras no han llegado los ecos de  
la fama del *Pájaro*, cuyo recuerdo va siempre unido para los  
madrileños al nombre de la Patti!

Las cuatro representaciones que la *diva* se dignó conceder á  
París, van á ser unas cuantas más.

La noche que, como despedida suya, se anunció la cuarta,  
bastó que el público la hiciera una ovación como nunca ha  
recibido la Patti; que el presidente de la República se interesase  
y el maestro Gounod casi se pusiera de rodillas para pedirla que  
volviese unos días á cobrar aplausos y dinero en abundancia,  
en vez de descansar gratis y en silencio, en su casa, antes de  
volver á emprender su viaje para las Américas del Sur. Bastó  
esa insignificancia para que la pobrecita se resignase á volver.

La verdad es que no hay motivo para llamar exigentes á estos  
tiranos cantantes.

Un empresario americano, Mapleson, ha publicado reciente-  
mente sus *Memorias*, y consigna en ellas el séquito que acompa-  
ña, á costa del que los contrata, á los principales tenores. Ta-  
magno llevaba hace poco siete personas afectas á la suya.

Massini, por no ser menos, elevó á diez el número de per-  
sonas que le acompañaban en su último viaje por América;  
entre ellas, un secretario, un *periodista* y un *abogado consultor*.

El periodista tiene por misión redactar los bombos que á cada  
representación del *divo* se envían á todos los países donde pue-  
de surgir una contrata, y que los periódicos de esos países pu-  
blican más ó menos graciosamente.

El abogado consultor está encargado de la redacción de las  
contratas y de la vigilancia por su estricto cumplimiento. Misión  
difícil, si se tiene en cuenta que hay reclamaciones que traen  
consigo indemnizaciones de padre y muy señor mío.

¡Y se suele reclamar por cada cosa!

Cuenta el mismo empresario que vió un día á Nicolini to-  
mando medidas en un cartel. Luego supo que estaba *verificando*  
si las letras en que se hallaba impreso el nombre de la Patti te-  
nían triple tamaño y grueso que las de los nombres de los de-  
más artistas, según exigía el contrato.

Verdaderamente, el marido es útil para las *triples triples*.

Se han puesto en circulación nuevos billetes de Banco de 500  
francos.

Se dice que son azul y rosa.

BLASCO.

París 20 de Diciembre de 1888.



FELICES PASCUAS



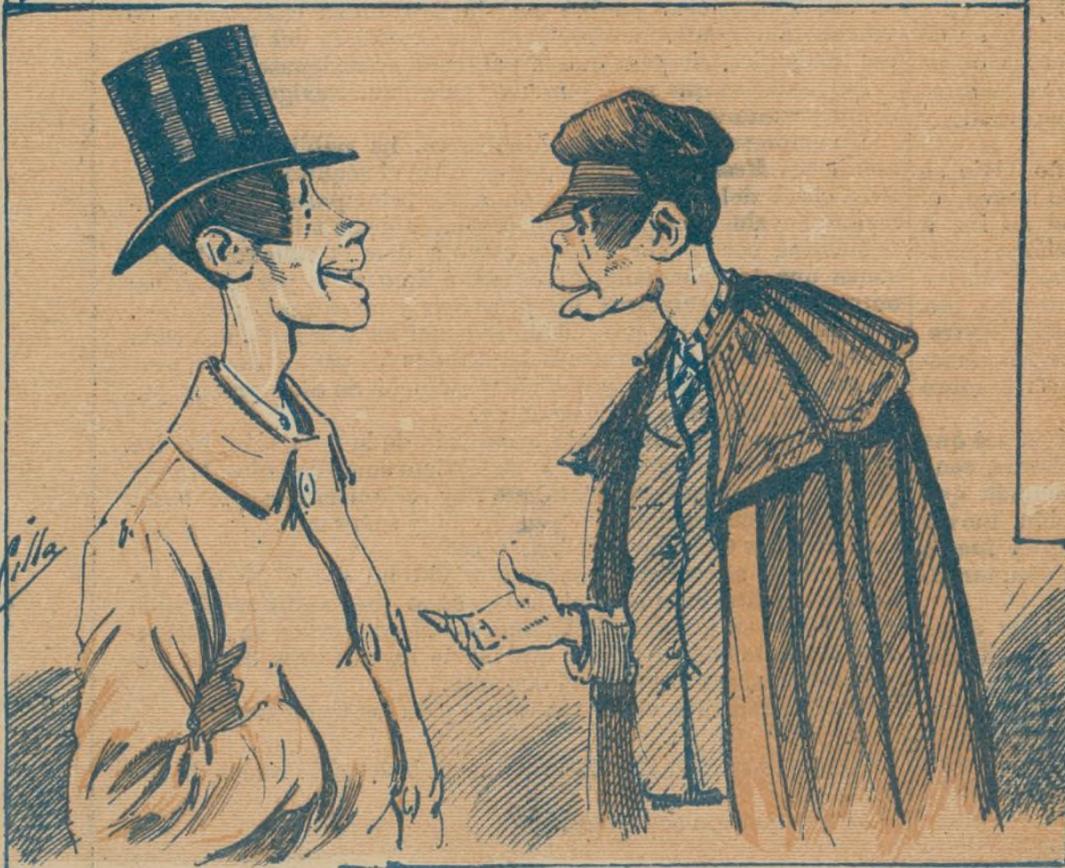
—¿Va usted á comprar turrón?  
—¡No, señor; un pantalón!



—Te compraré una zambomba.  
—¡Para zambombas estoy!  
—Pues, hija, ¿qué es lo que quieres?  
—¿Yo? ¡Peladillas de Alcoy!



A la misa del gallo.



—«Soy el rata primero,  
—y yo el segundo...»  
—¿Falta el tercero?...  
Pues como no lo laves  
en el sombrero...



Esta noche es Noche Buena  
y mañana Navidad...  
y hace más de doce meses  
que me acuesto sin cenar.

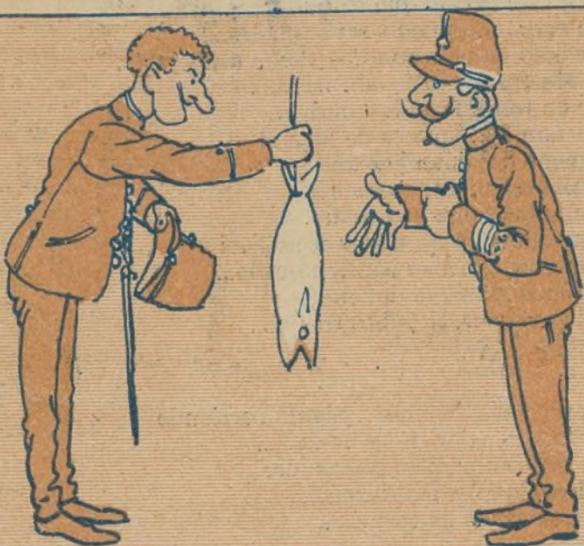
REGALO DE PASCUA (Cuento viejo.)



El sargento Martínez compra un besugo



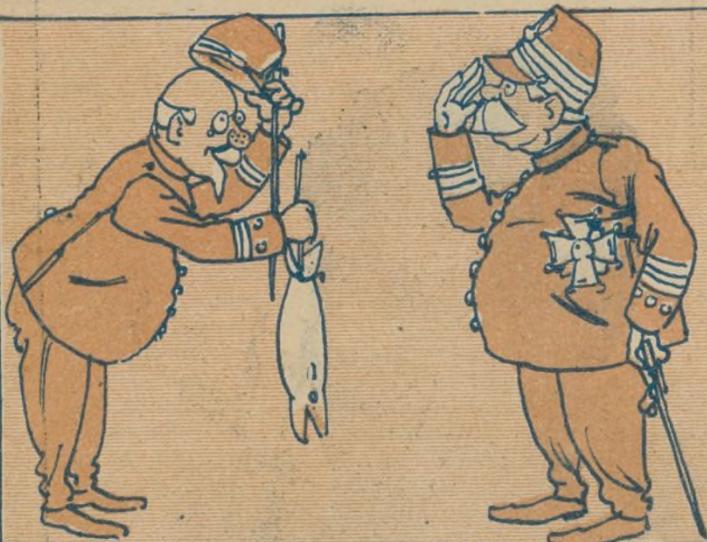
para obsequiar al alférez Gómez,



quien á su vez lo ofrece al capitán Fernández,



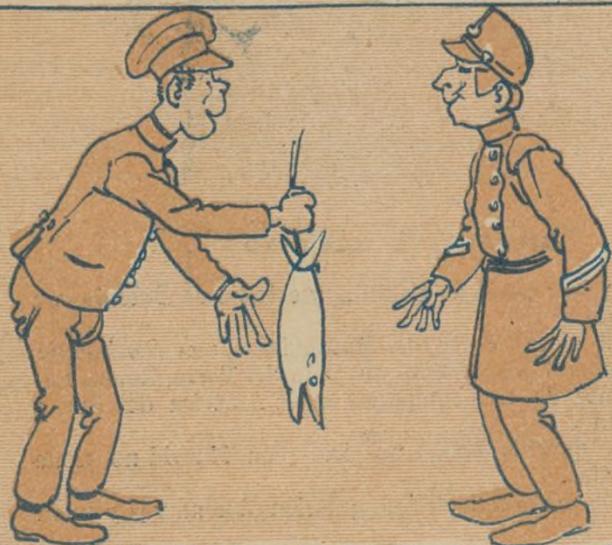
como éste al comandante González,



y el tal al coronel Pérez.



Pero el coronel Pérez, harto de regalos, lo da al ordenanza Sánchez.



que para obtener permiso, agasaja al citado sargento Martínez.



Y aquí entran las reflexiones del Martínez al encontrarse de nuevo con el besugo.

A. PONS

Una cena.

I

procurando dominar su pena,  
le dice el maquinista al fogonero:  
—Más acordarme de mi afán no quiero,  
y pues es esta noche Nochebuena,  
en vez de lamentarnos, compañero,  
vamos á hacer honor á nuestra cena.—  
Y, en tanto que sus lágrimas esconde  
bajo un gesto especial é indefinible,  
el otro le responde:  
—Lo haremos como dices... si es posible.  
Pues, por el Dios en que creemos, juro  
que al ver mi situación, algunas veces,  
hasta las mismas heces  
el acre cáliz del tormento apuro.  
Yo nunca puedo separar mi idea  
de aquella pobre gente  
que aguarda entre amorosa é impaciente  
mi regreso á la aldea.

Mas de no abandonarla no hallo forma,  
pues el negro destino  
me sujeta á esta férrea plataforma  
para que vea siempre igual camino!...  
¿Quizás lloras también porque estás preso,  
y en tal noche como ésta más te afliges  
si tu memoria hacia el hogar diriges?...  
Y el otro respondióle:—¡No es por eso!...  
Y, al sentirse en tal punto combatido  
por un recuerdo que un sollozo arranca,  
dando al blanco vapor salida franca  
oculta su sollozo en el silbido...  
Mira al cielo después como un demente,  
y dice al fogonero rudamente:  
—¡Saca pronto esa cena!... ¿No has oído?

II

Corría el tren, corría  
con tal velocidad, que estremecía.  
A su paso los árboles temblaban,  
y el ruido de los topes que chocaban  
una danza de diablos parecía.  
Las gigantescas masas de granito,  
en los horrores de la sombra envueltas,  
daban, al parecer, vueltas y vueltas  
en la vaga extensión del infinito...  
El humo sube y sube  
en raudas espirales,  
y forma en los espacios una nube,  
que adquiere proporciones colosales.  
Nube que crece y crece  
y oculta un breve instante el firmamento,  
y al fin se desvanece  
cuando le agita con su soplo el viento.  
La nieve cuaja consistente y dura  
en aquella uniforme superficie,  
y causa el contemplar la gran planicie  
el mareo especial de la blancura.  
Se oye el vapor que aprisionado rugen  
en la hirviente caldera,  
y al impulso infernal de la carrera  
el maderamen de los coches cruje  
y todo el tren lo arrasa  
con su potente y porfiado empuje,  
y todo se estremece... y todo pasa...

III

Y, ya aquellos dos hombres frente á frente,  
entre el vapor rojizo que la escena  
alumbra débilmente,  
dan principio á la cena.  
Repite el fogonero el tema eterno  
que trae siempre en la mente,  
y habla de las virtudes de su esposa,  
del calor de su hogar en el invierno,  
del esponjoso pan, sabroso y tierno,  
y de una pequeñuela muy hermosa...  
—Y es tan bello ese amor de mis amores,  
(exclamó entusiasmado),  
que el sol su ardiente resplandor le ha dado,  
y al verla pasear, bajan las flores  
con respeto, su cáliz perfumado.  
¡Si tú la vieras, Juan!... ¡Pobre chiquilla!...

Yo, como soy tan zote,  
no me atrevo á besarla en la mejilla  
por miedo á que le arañe mi bigote.  
Me cuenta lo que sueña,  
porque á mí me entusiasman estas cosas...  
¡Y si vieras qué cosas más preciosas  
distingue entre sus sueños la pequeña!...  
¿Tú tienes hijos, Juan?—Una he tenido,—  
el otro le contesta entre un sollozo.  
— ¡Una, Pedro, que ha sido  
mi esperanza, mi afán, mi amor, mi gozo!  
—¡Ahora la causa de tu llanto acierto,  
y adivino el pesar que en ti se esconde!...  
¿Murió...? ¡Pobre infeliz! Y...—¡No! responde  
el maquinista con furor: ¡No ha muerto!  
Vive alegre, feliz y placentera...  
Y, Pedro... ¡más valiera  
que lo que has dicho resultara cierto!...  
Que, aunque el hacerlo así, mi alma taladre,  
no pienso en un cariño que es quimera...  
¡No puedo ser!... ¡no puedo ser su padre...!  
—¿Y estás sólo en el mundo? — ¡Como un perro!...  
sin hogar, sin amor, sin fe, sin nada!...  
¡No pudiendo tener familia honrada,  
escogí esta familia... que es de hierro!  
Y al paroxismo del dolor cercano,  
lanzando una estridente carcajada,  
puso sobre la máquina una mano.  
Y ésta—murmura—á mi poder se aviene:  
no es de esperar que á su capricho ceda...  
¡si quiero que se pare, se detiene!  
¡si le mando avanzar, al punto rueda!...

IV

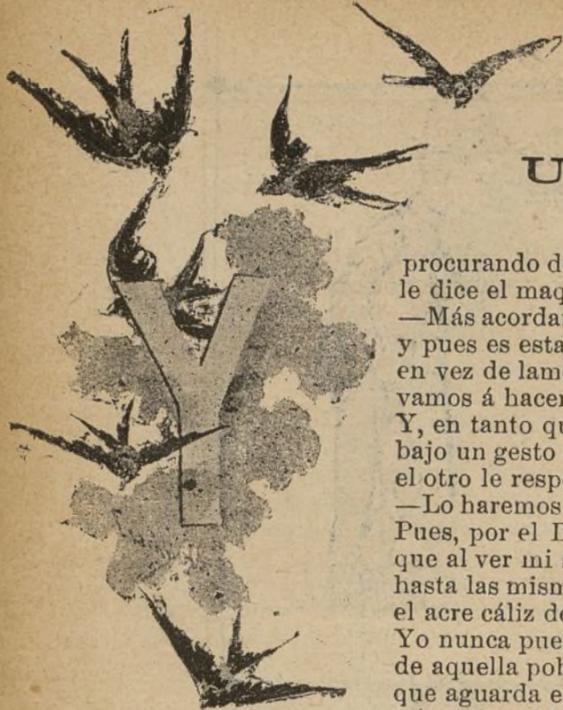
No hablaron más después... Siguió corriendo  
el tren por la extensión de la llanura...  
Pedro á su niño en sueños sonriendo;  
y el otro, desvelado, y maldiciendo  
con voz entrecortada su tortura...

LUIS DE ANSORENA



GIUSEPPINA GÁRGANO

La simpática *diva* nació en Catania, y estudió en Bolonia con Bussi y Zamboni.  
Debutó en el teatro Solís, de Montevideo, con *Sonámbula*, en 1877, y recorrió los teatros de Bolonia, Turín, Roma, Lisboa, etc., después de tres campañas en la América del Sur y cinco en Madrid.  
Es antigua y querida amiga nuestra, y en Madrid no tiene más que simpatías.  
Las que se conquista toda artista que tiene buena voz y buen palmito.



La Nochebuena del crítico.



El distinguido escritor que dirige LOS MADRILES me pide, con la amabilidad del mundo, un artículo que se titule *La Nochebuena del crítico*.

Y allá va el título, por lo pronto. Ahora vamos á ver si parece el artículo. Este proceder, que puede pasar por ligero, lo será acaso, pero no es menos constitucional ó parlamentario, ó como

se diga, que lo hecho por Sagasta en la última crisis. Le piden con mucha urgencia otro Ministerio, y él forma el Ministerio, es decir, escoge ocho señores de los cuales responde que quieren ser ministros, ministros de cualquier cosa, pero de todas maneras con sueldo. Esto podrá ser poco serio, pero prueba una vez más que Sagasta conoce el corazón humano mejor que el más pintado novelista psicológico. Y si no, dígame que psicólogo novelista ha sido tanto tiempo ministro, como Sagasta. ¡Vaya si conoce!— Usted, don Fulano, le dice al primer Capdepón que se le presenta; ¿quiere usted ser ministro?—¿De qué?— Eso ya se verá.— Y el otro acepta. A los señores llamados á *ministrar* se les ocurren varias dudas acerca del dualismo, y las escalas, y el generalato, y las economías, etc., etc.; pero á nadie se le ocurre dudar de su aptitud para desempeñar cualquier Ministerio. Y esto consiste en que cualquiera ve las reformas militares en el ojo ajero, pero no la ignorancia é ineptitud en el propio. Bueno. Dejemos esto, y vamos al artículo.

¡*La Nochebuena del crítico!* ¿Qué sé yo, señor director, qué sé yo cómo pasará el crítico la Nochebuena?

Porque no creo que usted quiera que yo hable de la Nochebuena de mi incumbencia.

Eso sería llamarme crítico yo mismo en mis barbas, y de esto Dios me libre.

Ya sé que hay quien se llama á sí mismo sabio, y poeta, y hombre de Estado, etc., etc.; pero eso va en genios. Hace pocos días leí un artículo, que por lo demás estaba bien, en que un sujeto se llamaba erudito á sí mismo. No; y bien mirado, acaso hacia bien este señor. Si había de ir, como hacen otros, con un sueltito de su puño y letra á mendigar un bombo en un periódico, tomó por la trocha y se dió el bombo á sí propio, ahorrándose el rodeo y las molestias consiguientes. Cuanto más lo pienso, más digno de aplauso encuentro el procedimiento, dadas las costumbres que vamos criando. Yo veré con gusto que uno de esos autores dramáticos que se usan ahora, salga el mejor día con un artículo que diga en resumen: «Impresiones críticas.— Anoche se estrenó un drama mío (y de ustedes), que es lo que hay que ver. Me sacaron á relucir á las tablas no sé cuántos millares de veces; y si no llego yo á decir, con la modestia y la energía que me caracterizan: «¡Ea, señores, no moler (*La Epoca* diría amolar), no salgo más, no me da la gana!» todavía estoy saliendo á estas horas. Mi drama no es idealista ni realista, ni nada de eso; es simplemente un drama de *ordago*, como se dice en familia. Allí rompo cuantos moldes Dios crió, y no rompo el mío por no cometer un parricidio con la madre que me parió; pero ello es que vengo á ensanchar los horizontes del arte, todos los horizontes, el sensible, el racional; vamos, cuanto se me ponga por delante: soy la panlascita y la melinita de los moldes y de los horizontes dramáticos. ¿Cómo se ha de decir? Esto que, bien ó mal, habían de venir á sostenerlo varios amigos críticos á quien tengo comprometido el voto, es decir, ellos á mí, más vale que lo diga yo de una vez, y así, clarito. Soy un genio, y de aquí nadie me apea. Los amigos, por disimular, dirán que tiene el drama algún defecto, algún lunar, porque nada hay sin lunares en lo humano. ¡Pamplinas! No lo crean ustedes. No hay defecto que valga. Por lo pronto, es absurdo decir que en lo humano todo tiene lunares. Yo he conocido muchas personas, y hasta amas de huéspedes, sin un solo lunar en todo el cuerpo, ni siquiera del tamaño de un grano de mostaza. En un drama no hay lunares, ni verrugas, ni manchas hepáticas. Ver y creer. Apresúrense ustedes á tomar localidades, porque si no se exponen á quedarse en ayunas, y eso que la obra pensamos representarla cinco ó seis lustros ó sextercios, como decía el otro. Y firmo: Yo el autor.»

Y volviendo otra vez á mi asunto, repito, señor director, que yo no me tengo por crítico; de modo que no me doy por aludido.

El crítico á quien usted alude... puede que sea el Sr. Cafete. Habrá, por tanto, que hablar de la Nochebuena de Cafete.

Pero en este punto todo son conjeturas; cierto, nada. ¿Hay noche buena para el Sr. Cafete? No se puede asegurar. Un hombre que está tan ocupado con el fin que se propone, ó no se propone, el Sr. Luceño cuando escribe un sainete para el teatro de Maravillas; un hombre así no debe de pasar día bueno, ni, por consiguiente, noches buenas tampoco.

¿Qué más críticos hay? Hay... hay... lo que es haber... hay muchos; ¡claro! Como que cada periódico tiene uno, por lo menos. Críticos, sí, son (y perdónesenos la cacofonía), todos esos señores que descubrieron que el Sr. Cano ha escrito un drama simbólico en su *Gloria*. Excuso decir que yo no he visto el drama todavía, porque vivo en provincias, como dijo el otro, y que, *en vista* de esto, de no haberlo visto (ni visto ni oído), me guardaré muy bien de decir palabra, ni buena ni mala, de *Gloria*. Pero de los críticos *impresionistas* de *Gloria*, sí puedo hablar, porque á esos los he leído y me los sé de coro. Esos críticos se dividen en filosóficos é históricos. A los primeros, no hay dios chico que los entienda. Estos son los que hablan de nubes y horizontes hechos pedazos por el Sr. Cano, gracias á ese simbolismo que acaba de inventar. Los históricos son más llanos y comprensibles; son los que relatan el argumento y copian escenas enteras. Tal maña se da uno de ellos para referir y copiar cachitos de diálogo, que yo, haciendo un pisto con sus copias y relatos y el simbolismo de los otros, vine á figurarme el drama como una cosa así: la acción pasa en Cuba, durante la peste; *Gloria* es una cantinera con honores de Tirteo, se firma la paz del Zanjón, y la protagonista se convierte en la bandera española, roja y gualda, como es sabido. Este es el pisto privado que yo me había figurado. Ahora ya sé, por informes posteriores, que el drama del Sr. Cano es muy otra cosa, aunque todo lo patriótico que conviene en estos tiempos de visible degeneración social.

*Internándome* otra vez en los críticos de mi cuento, añadiré que, buenos ó malos, por críticos los tengo; y poco ó mucho, como tales cobran. Entre todos ellos, pero sin referirme ya á los malos, sino á los buenos, distinguiré á mi amigo el Sr. Bofill, no por nada, sino porque últimamente se ha hecho conservador. ¡Vaya un ojo crítico! ¡Hacerse conservador cuando silban al amo de los conservadores!

Y bien: ¿qué diremos de la Nochebuena de Bofill? ¡Para éste sí que todas las noches son buenas! Su optimismo simpático no ve estreno malo. La eterna sonrisa que se dibuja en sus labios ligeramente críticos, digo, plegados, nos habla de un envidiable equilibrio de humores y de prosperidad relativa, porque todo es relativo, de nuestras máscaras alegres, como las llamaba Moratín cuando hablaba con solemnidad.

Pero, aparte de esto, lo único que se puede decir de ese crítico con cara de Pascua, es que estas Pascuas, magüer haberse hecho conservador, no comerá el *pavo crítico* de Navidad. Pero si quiere:

....comer de aquel cordero por nuestro ritual preser to,

como dice el conde de Cheste, vaya á cenar á casa de tan ilustre Dante en compañía de Catalina, Comelerán y una señorita poetisa que suele venir de Málaga. Y Le... comerán.

Pero... ¿qué es esto, amigo Clarín? me dirá el director de LOS MADRILES: ¿se ha vuelto usted loco? ¿Qué manera de escribir es esa?... ¡Qué desorden, qué incorrección!...

—Déjeme usted... y usted perdone... No, loco no; pero la verdad es que mientras escribía estaba pensando en otra cosa: en la candidatura simbólica de Comelerán, á quien van á nacer académico porque sabe los pretéritos y supinos.

A los académicos les da por los catedráticos de Instituto: hace poco Benot, ahora Comelerán. Y no se me diga que es que quieren aprender algo. Porque si quisieran aprender de veras, empezarían por el principio, y harían *valverdistas* á tres ó cuatro maestros normales, superiores por supuesto. Catalina y el marqués de Pidal, diga lo que quiera mi ilustre amigo y jefe Castelar, todavía no están preparados para la segunda enseñanza.

Conque... señor director, no canso más. El artículo no ha salido; pero ahí están nueve cuartillas como nueve ministros, llenas de letra, dispuestas á servir para lo que usted quiera, como los Capdepones y Becerras del tiempo; á colocarse por el orden que se disponga, como los ministros de Sagasta.

En cuanto á la Nochebuena del crítico... ¿yo qué sé? Yo no soy crítico. Y mi Nochebuena no tiene nada que ver con la crítica.

Queda usted servido... en lo que cabe; y yo contento, por haber hecho mi gusto, que consiste... en no escribir en mi vida artículos de circunstancias.

CLARÍN.



## PAVO Y TURRÓN

**M**UCHOS son los llamados y pocos los escogidos.  
No me refiero á los pavos, sino á los consumidores.  
—¡Quién fuera consumidor! exclamaba ayer un caballero que rompió con el pavo hace algunos años.

—¡Quién fuera pavo! corregía otro señor, aún más desesperado que el primero.

Y después decía:

—¡Morir por la patria! ¡Qué honor para la familia!

—¡Antes devorar á la patria que morir por ella! replicó el compañero.

La humanidad es cruel.

En cada época del año sacrifica á una especie de animales para solemnizar sus fiestas.

Una vez es el cordero pascual, que no es lo mismo que Pascual Cordero.

En otra festividad caen el pavo, el faisán, el pato...

Faisanes caen pocos, porque se venden caros.

El inocente y popular cabrito tiene igualmente épocas de duelo.

El cerdo también es víctima en fecha prefijada.

¡Animal sustancioso y desgraciado!

Para él no hay respeto ni consideración social.

El hombre no se compadece del cochino, y le devora en la edad infantil.

¡Cuántos cochifritos habrá consumido la humanidad, sin dolerse de la inocencia de tan inteligentes animales!

Gallinas y tiples de catedral, sucumben también por millares en Pascua de Navidad.

¡Familias enteras destruidas!

¡Y aún se cree el hombre el ser más perfecto de la creación!

Me explico la golosina de los turrónes: á nadie se ofende, á nadie se perjudica con una indigestión de turrónes y mazapán.

No hay daño de tercero.

Pero el pavo merece, por su origen y por su candor, ciertas consideraciones.

¡Y qué días tan amargos le obligan á sufrir sus verdugos!

Lo de menos es la muerte.

Su captura y conducción á la casa de su tirano, es el primer tormento.

«Le atan de pies y manos,» como decía un conocido poeta, en el calor de la rima.

Las protestas de la víctima son inútiles.

Cuando el criado ó el «mandadero» se le echa al hombro, parece que el infeliz cautivo le dice en su idioma:

—Hombre, colóqueme usted mejor, que me lastimo.

Pero nadie le atiende.

Su entrada en la casa, que para él ha de ser casa-matadero, es una ovación.

La primera operación es soltarle en el suelo, pero atado.

Después le desatan y le dejan en libertad.

¡Pero qué libertad tan amarga!

Si hay niños en la casa, se lanzan sobre él.

—¿Estos son los ojos, papá? pregunta uno de los muchachos apuntándole tan de cerca con un dedito, que el huésped se ve obligado á retirarse para que no le vacíe el ojo el niño.

—¡Ay, mira lo que le cuelga de la cabeza! indica otro nene.

—Es la barba.

—¡Quiá! Es que lleva boa, como mamá, observa otro chiquitín.

—¿Podrá llevarme á caballo?

—No, hombre, que le vas á reventar.

—Se parece á ese amigo tuyo que tiene la nariz encarnada.

—¿Vuela este pájaro, papá?

Uno de los nenes se obstina en hacerle hablar, y á todo trance quiere sacarle la lengua para afilársela como un lápiz.

Las personas mayores empiezan, en cuanto ven al pavo, por oprimirle el buche para cerciorarse de que está bien cebado.

O tomándole por las patas, le colocan cabeza abajo para calcular el peso que tiene.

Estas operaciones con los pavos disponibles para el sorteo se repiten á cada paso.

—¡Está gordo!

—¡Buen animal!

Así es que algún pavo en cuanto ve de venir á cualquier caballero, ó señora, instintivamente se tiende patas arriba para evitar molestias al censor.

Si la víctima espera, suele protestar, en su idioma por supuesto, diciendo cada vez que le oprimen el buche:

—¡Atrevido! ¡sin vergüenza! Me va usted á lastimar un pecho.

No se ha observado, porque no hay tiempo, que, á consecuencia de esas opresiones, mueren tísicos la mayoría de los pavos.

Es decir: morirían de tisis si antes no los afeitaban en seco.

Cualquiera persona que se sujetara á semejantes descortesías reconocimientos, moriría lo mismo que el pavo.

Se ignora el origen de la costumbre de comer pavo.

Pero se supone que es posterior á la invención del pavo.

¡Y qué coqueterías tan crueles!

Las personas le aderezan de diferentes maneras.

Asado, relleno, en pepitoria, en galantina...

Algunos pavos pasan por todos estos estados de la lidia.

Son los infelices que caen en casa de huéspedes.

Empiezan rellenos y terminan en fantasías inverosímiles, para que no los reconozcan los pupilos.

En honor de la verdad y en elogio de la infancia, debe decirse que los niños prefieren el turrón al pavo.

También se observa esto en algunos hombres públicos.

Los nenes prefieren el pavo vivo al pavo muerto; el pavo juguete al pavo manjar.

También sea dicho en honor de la humanidad.

Después de jugar con él, les gusta devorarlo.

¡Cosas de criaturas!

EDUARDO DE PALACIO.

### Menudencias.

*Un paquete de cartas* se titula un libro de D. Luis Montoto que tenemos á la vista.

Pocos tan curiosos como él; no hay refrán ni modismo que el autor no explique con sencillez y claridad, haciendo de su libro un tomo muy agradable y casi necesario.

Se vende en casa de Fe á siete pesetas.

El último libro de nuestro distinguido colaborador D. Leopoldo Alas (*Clarín*), se titula *Mezclilla* (el libro, ¿eh?), y en él van coleccionados artículos de crítica y sátira.

Si nosotros diéramos aquí un *bombo* al libro, crearían muchos que era tributo al amigo, y no elogio justo. Callamos, pues, aunque con mal contenido deseo, como dicen en los dramas.

Así como así, el libro se venderá bien aunque nosotros no digamos nada.

*El original del retrato* es un juguete cómico, muy apreciable, del Sr. D. Eduardo García.

Por cierto que este señor nos escribe casi enfadado preguntándonos si nos referíamos á él en nuestras últimas *Impresiones teatrales*.

Pues... no, señor.

*Gente nueva*, por Luis París Zejín.

De este libro, que llega á última hora, nos ocuparemos detenidamente y en la medida que su importancia merece.

### ¡AGUINALDOS!

No era posible que **Los Madriles**, que ha roto en muchas cosas con antiguos usos, que respetamos pero no seguimos, dejara de volver á ellos, tratándose de algo que fuera en provecho de sus favorecedores.

Quien algo quiere, algo le cuesta. **Los Madriles** quiere servir al público, aunque le cueste su dinero. Así pues:

El suscriptor que se abone por todo 1889 en esta Administración, pagando sus nueve pesetitas, recibirá: **Dos tomos de Las novelas amorosas**, el **Almanaque Cupidinesco** y **Los Madriles**, como es consiguiente. Y téngase en cuenta, que los

libros citados son un primor de lujo é ilustraciones, llevan cubiertas de primera al **chromo**, y valen cinco pesetas. De modo que haciendo la cuenta por los dedos, resulta **Los Madriles** en cuatro pesetas.

Los suscriptores por semestre recibirán un tomo de **Novelas amorosas**. Vuélvase á contar por los dedos... y resulta **Los Madriles** en tres pesetas. Un verdadero sacrificio, señores.

Los actuales suscriptores recibirán el **Almanaque**.

Y ahora... ¡digan ustedes algo todavía!